

EL AMIGO DEL PUEBLO;

PERIODICO LITERARIO Y POLITICO.

(1.^o SEMESTRE.)

LIMA, SABADO 13 DE JUNIO DE 1840.

(NUMERO 35.)

CONTESTACION

AL

SR. A. ELIZALDE.

Sin contestar los insultos que nos dirige el Sr. A. Elizalde, ni hacer todo el uso que pudieramos del derecho de represalia, al que sobradamente nos autoriza su lenguaje descomedido y poco circunspecto; puesto que respetamos demasiado el ministerio de escritor público que deseamos desempeñar con algun honor, para no mezclar y confundir con los intereses jenerales de la sociedad los de nuestro pequeño amor propio; no creemos inutil del todo desvanecer la falsa y equivocada interpretacion que da a algunas frases de nuestro artículo del martes, por no haberlas entendido. Si el mismo caso volviese a repetirse, nuestro absoluto silencio seria entonces mas oportuno.

El Sr. A. Elizalde nos acusa de haber dicho que la política del Ecuador es sospechosa y alarmante a la paz del Perú. Cualquiera que lea nuestro artículo, aunque fuese con la mas superficial atencion, podrá conocer que hemos dicho y demostrado todo el opuesto con una infinidad de razones y una evidencia incontestables. Segun lo que hemos espresado en aquel rasgo, la noticia del armamento del Ecuador, con el objeto de favorecer abiertamente el partido enemigo del Perú, ha sido una noticia absurda y descabellada, supuesta y hecha esparcir por aquel mismo partido, para dar principio de este modo a sus operaciones hostiles. (Columna 2a.) Hemos dicho al mismo tiempo que en ningun caso, ni en la hipótesis de la guerra con Bolivia, seria dable que el Jeneral Flores quisiese salir de su Ecuador. Hemos dicho, en fin, que en la suposicion que este jefe quisiese faltar a los principios de templanza que hemos reconocido como suyos, (columna 6a.) y a sus antiguas opiniones, y casi empeños, favorables al estado político actual del Perú, [columna 6a.] las circuns-

tancias del pais en que manda no le permitirian hacerlo sin el mayor peligro; y hemos añadido que no solo no juzgamos capaz de precipitarse en una empresa tan ridícula y loca a un sujeto de tanto mérito y reputacion como la que tiene el sobre dicho jeneral, mas ni tampoco al hombre mas estúpido y vulgar que se quiera suponer. ¿No es extraño, que despues de haber hablado de un modo tan claro e intelijible para todos, se nos tuerzan las palabras, no sabemos con qué objeto, y se malignen nuestras intenciones del modo que lo ha hecho el Sr. A. Elizalde?

Una segunda imputacion que no queremos pasar en silencio es la de haber agraviado y faltado al respeto debido al Jeneral Flores. Dice el Sr. A. Elizalde que le hemos llamado *intrigante*: que hemos dicho que era *bueno para prelado de un convento*, y que es *sin partido*, y *proximo a su fin*. Nada de todo esto. Decir que el Jeneral Flores se ha sostenido siempre con un arte admirable en medio de las intrigas que le han amagado de todas partes, no es llamarlo *intrigante*: decir que es excelente como jefe de una pequeña comunidad, no es negarle la susceptibilidad de serlo en una grande: decir que *no tiene partido*, a saber que no adhiere a ninguna faccion, y que tiene el arte de manejarlas a su antojo y hallarse bien con todas, como lo hemos dicho en todo el contesto del mismo lugar, no es decir que no tiene *partido* o séquito, lo que encerraria un sentido del todo diferente: decir que tendrá una ultima enfermedad política, cualquiera que se en nuestro modo de ver, no quiere decir que lo creemos *proximo a su fin*; y no es una ofensa, porque todo lo que ha tenido un principio en este mundo tiene o tendrá un fin, porque toda especie de vida tiene sus enfermedades, porque no es necesario creer que la fortuna de un hombre dichoso sea eterna, o eternos los efectos y pruebas de su talento y valor, para no faltarle al respeto, y en fin, porque si

cayeron César y Napoleon, no debe parecer imposible que suceda lo mismo al Jeneral Flores. Es verdad que no hemos llamado a este ultimo un *Héroe*, como lo ha hecho el Sr. A. Elizalde. El Sr. A. Elizalde tendrá sus razones particulares para darle este título. En cuanto a nosotros tenemos una idea muy diversa de la suya, a respecto de lo que es un *Héroe*. Y aunque tengamos un suficiente conocimiento del segundojenito de la Musa lirica del Guayas, en la que nunca hemos podido reconocer la vírgen Polinnia; y hayámos tenido el honor de ver los prodijios de pintura que adornan el cuartito al pie de las escaleras, en las casas de la *Elvira*; ni hemos hallado en aquel fruto de los ultimos amores del jenio del Sr. Olmedo los caracteres de nobleza que adornan a su hermano mayor, y el mismo influjo del heroismo que le dio el ser; ni en estos, comparandolos con la obras maestras de Lebrun, la menor traza de la batalla de Arbéla.

En tercer lugar, se dice *que queremos encender la tea de la discordia*. Desgraciadamente esta tea tan aciaga y destructora arde desde un tiempo demasiado largo *en el seno de las sociedades sud-americanas*, para que se pueda culpar a alguno por la horrorosa idea de quererla encender el primero. Por lo que hace a nosotros, creemos escusado repetir nuestra profesion de fé política, delante de los que han leído todos los números de este periodico. A los que nos juzgan sin habernos estudiado, ni siquiera de un modo superficial, diremos solo que no puede ofendernos un juicio demasiado lijero, que el buen sentido y la rectitud de toda la nacion deben hallarse prontos a desmentir. No queremos *encender, no, la tea de la discordia*: dirijimos, si, todos los esfuerzos de que somos capaces al fin de apagarla. No enciende *la tea de la discordia* quien quiere ver desaparecer las circunstancias que la fomentan. No es *encender la tea de la discordia* atacar a los enemigos de la paz y la tranquilidad del pais: defender el orden social: oponerse a los avances de los enemigos jurados de las leyes y la constitucion, enemigos de los que gobiernan y de los mas de los gobernados, de todo principio de bien, de todo arreglo definitivo de la cosa pública. El *que enciende, no, mas que alimenta y aviva la tea de la discordia*, es solo el *que favorece directa o indirectamente a sus*

mas obstinados sostenedores, a los únicos a quienes nosotros hemos realmente atacado; aunque lo haga bajo la apariencia de defender y amparar el honor y la reputacion de un individuo a quien no hemos hecho mas que juzgarle con libertad y honrarle como le es debido.

Se dice tambien que hemos propuesto *que se imponga la humillacion al Gobierno del Ecuador de ratificar tratados en que no ha intervenido*. El Sr. A. Elizalde ha entendido mal una figura retórica. Y sin embargo se halla acompañada en nuestro artículo con otros pasajes que no dejan duda alguna acerca de su verdadero sentido. Lo único que hemos dicho y deseado, es que aquel gobierno, cediendo a los impulsos de su misma razon y de su americanismo, y a la súplicas amistosas reunidas del Perú y Bolivia, quiera asegurar la paz y tranquilidad de todos, *modificando* su politica actual relativa a los emigrados del Perú. Con respecto a las razones que en nuestro concepto han favorecido su suerte acerca del Jeneral Flores, las hemos reducido solamente a dos: la natural grandeza de ánimo de este jefe que le inclinaba hacia los infelices; y la necesidad de condescender con el partido de sus antiguos enemigos, hoy dia sus aliados y amigos, que les han abiertamente protegido. Si nos hubiesemos equivocado acerca de este ultimo punto, este error no disminuira de modo alguno la evidencia de nuestras razones relativamente al objeto principal de nuestro artículo, y a la necesidad de que hemos hablado, á fin de que la paz con Bolivia sea duradera, y su tratado constante y definitivo, *de pedir su ultima ratificacion a Guayaquil*. Nos hemos confirmado mas en esta opinion, despues del ataque que nos ha dirijido el Sr. A. Elizalde.

Hemos hablado de la persona del Jeneral Flores, y hemos juzgado su politica del modo mas digno de él; con entera franqueza, y sin sombra de adulacion. Creemos haberle honrado mas con nuestro juicio, libre de todo temor de verdianzas o de esperanzas de favor, que otros *no* han logrado hacerlo jamas con docenales lisonjas, y elójos ecsajerados que no pueden sino causar nausea al amor propio delicado de los hombres dotados de un verdadero mérito. En la seguridad de que el Jeneral Flores es capaz de comprendernos infinitamente mas que el Sr. A. Elizalde, a él mismo ape-

lamos del juicio de este último. Y ojalá que nuestra débil voz, al paso que hacemos nuestra propia defensa, pueda llamar toda su atención sobre un objeto tan interesante como el que estamos ahora tratando: a saber, la absoluta necesidad en que se hallan todos los gobiernos de Sud-América, si quieren durar a medida de las leyes, de sufocar el principio de la anarquía en cualquier lugar que se halle y procure desarrollarse; de la anarquía, de esa horrorosa plaga, tan contagiosa y funesta a más de un estado, cuando empieza a cebarse con sus mil cabezas en la primera presa que se le ofrece. El sistema de política debe mudar según las circunstancias. Y no se crea que pueda ser permitido contrariarlas largo tiempo. Ellas dan la ley a los gobiernos, y al mundo entero. Ellas proclaman actualmente que la más urgente necesidad de la gran familia sud-americana es la de la paz interior, y la unión de los varios estados que la forman. Es preciso poner un término a las ambiciones mezquinas, y a los proyectos de revueltas de partido; es preciso organizarse; es preciso concebir otra ambición más grande, más noble, más digna de los libres del nuevo continente, la de presentarse al mundo como una gran nación rica y poderosa, capaz de hacer frente a los ataques de los poderes absolutos de la vieja Europa. El gran día en que la América del Sud tome el lugar que le conviene entre las naciones verdaderamente libres e independientes, no se halla quizá señalado tan lejos como puede imaginarse. ¡Cuántos grandes guerreros, cuántos estadistas de un mérito eminente no saldrán entonces a la gran luz, para figurar en aquella escena sublime de mérito, de valor, de patriotismo! No conocería sin duda al Jeneral Flores, el que siendo capaz de imaginarla, no le asignase en ella de antemano un lugar distinguido. Mas, el Jeneral Flores debe conocer que es imposible llegar a un término tan glorioso sin empezar por asegurar la paz: sin sufocar la discordia, alejando a los que la promueven, sin reconocer sus mismos intereses en los de sus vecinos; y sin vivir persuadido de que en el momento actual la suerte y prosperidad de cada estado en particular de Sud-América, son inseparables del adelantamiento y la posible felicidad de todos ellos juntos. Si la sola razón no bastase para demostrarlo, ¡de cuántas crueles lecciones recibidas por la experien-

cia no resultarían con demasiada claridad las pruebas de este aserto!

HISTORIA RELIGIOSA.

MISIONEROS.

LAS CASAS.

Podemos dividir en dos clases los misioneros.

La primera se compone de intrépidos viajeros, cuya única misión consiste en ir en busca de descubrimientos al través de los países desconocidos, para recojer luces y noticias con cuya ayuda se puedan contraer relaciones ventajosas con aquellas nuevas naciones, civilizarlas o conquistarlas. Estos misioneros son las centinelas avanzadas de la civilización, los misioneros de la sociedad.

La segunda se compone de hombres piadosos y desinteresados, que, consagrados al servicio de los altares, no vacilan en arrojarse en medio de mil peligros, con el solo objeto de ilustrar a sus semejantes y ganar almas para el cielo, haciendo brillar la antorcha de la fe delante de sus ojos. Estos son los misioneros de la religión.

Antes de entrar en el examen de la vida de los unos o de los otros, y de hacer la relación de sus trabajos, de sus aventuras, o de sus peligros, nos ha parecido útil poner a nuestros lectores en estado de hacer un parangón que pueda facilitarles la justa estimación de las cosas. Un rápido paralelo entre estos misioneros completará nuestro pensamiento.

Los misioneros de la sociedad, como los de la asociación africana, merecen sin duda los mayores elogios, y algunos de ellos han logrado volver a ver a su patria entre el estrépito de las aclamaciones de sus conciudadanos; mas los misioneros de la religión, que no ambicionan otra aprobación que la de su conciencia, y que, más humildes tratan menos de conquistar aplausos, merecen nuestra respetuosa admiración.

Los primeros marchan armados, se rodean de todas las precauciones que pueden facilitar su empresa o proteger su existencia: ellos no van solos sino cuando no pueden llevar compañeros. Los segundos van sin escolta, no imploran otra asistencia sino la del Señor; no tienen en su mano más que el signo de la fe, ni más arma que su paciencia y dulzura. Aquellos, enteramente dedicados a la ciencia, examinan el curso de los ríos, comprueban las mudanzas de la atmósfera, interrogan la superficie de la tierra para descubrir en ella los indicios de las minas, anotando todos los productos de que es susceptible el país. Cuántos menos hombres encuentran, más probabilidades de buen éxito se prometen para en lo sucesivo. Estos, al contrario los buscan con anhelo; el clima y las riquezas no son nada para ellos, quieren hombres que instruir e ilustrar; cuántos más hallan, más grata y más bella es su misión.

Con el temor de sublevar contra ellos el ignorante fanatismo de los bárbaros o de los salvajes, los misioneros de la sociedad ocultan con cuidado su religión, niegan su fe, y dicen bajo juramento: yo no soy cristiano. Los misioneros de la religión arrostran todos los peligros, van con la cabeza erguida proclamando el nombre de Cristo, y

atropellando los altares de los falsos dioses, dicen al idólatra: ¡Tú serás cristiano! Así pues, mientras los unos se entregan a todas las investigaciones materiales, respetando el fanatismo de aquellos a quienes temen, los otros no tienen miedo de atacarle de frente, porque se han armado contra este fanatismo.

Y sin embargo, es digno de observarse que casi todos los misioneros de la sociedad han perecido de muerte violenta, mientras que casi todos los misioneros de la religión han sido respetados de aquellos mismos cuyas creencias venían a destruir. La razón es que los primeros no tenían más que sus armas, y los segundos contaban en su apoyo una fuerza más poderosa y más segura.

Debemos por otra parte añadir, que no contentos con conquistar almas para Dios, los misioneros han sido los más ardientes propagadores de los beneficios de la civilización. Unían la ciencia a la devoción, porque estaban bien penetrados que para convertir en cristiano un salvaje, era preciso hacerle antes hombre. Y entre todos los que se consagraron a llenar una tarea a la vez tan arriesgada y hermosa, no hay ninguno que haya adquirido una gloria tan cierta que el virtuoso Las Casas, el primero de todos que abordó la tierra del Nuevo-Mundo.

Noble de nacimiento y rico de patrimonio, Bartolomé de Las Casas abrazó el estado eclesiástico y se fue a Santo Domingo. Allí pasaba su tiempo en hacer comprender la moral dulce del evangelio a los naturales del país. Se le vio ofrecer al instante para ir a vivir en medio de los salvajes. Se internó en los bosques y en las montañas y supo conquistarse el afecto de los Indios por su dulzura, su paciencia y su humanidad.

Hasta entonces no le había movido sino un ardor en llenar deberes tan piadosos; mas cuando vio a los Españoles tratar a los infelices Indios con una crueldad tan irritante, sujetándolos a los trabajos más duros, cercándolos como animales monteses, e inmolándolos al menor capricho, entonces no vaciló en tomar la defensa de los oprimidos. Consagró toda su vida a esta defensa.

Después de muchos años, en que se vio sin cesar espuesto a mil peligros de los que escapaba siempre como por milagro, Dios permitió que fuese a morir tranquilamente en medio de la España, dejando en pos de sí un nombre que no se ha olvidado y un ejemplo que se ha seguido muy poco.

VARIETADES.

El pueblo de Borbon-l'Archambaud, que solo es hoy conocido por sus aguas minerales, fue antiguamente el centro de un dominio poderoso: de los señores de Borbon viene por un enlace verificado en 1272, la raza real que ocupa en el día los tronos de Francia, de España, de Nápoles y Luca. El castillo de Borbon-l'Archambaud construido en 509, restablecido en el siglo 13, existía aun en el siglo diez y seis. Tenía veinte y cuatro torres, dos de ellas notables por su magnitud, se llamaban "la Admirable", y "la Quiquengrogne." Cuando quiso Luis I.º construir la Quiquengrogne, los paisanos de Borbon pusieron pies en pared, porque decían que dominaría y batiría al

pueblo; el duque Luis, que no quería de ningún modo ceder, apostó hombres armados con la lanza en ristre al rededor de los cimientos, para que nadie chistase, y respondió a los clamores de sus vasallos: Se ha de construir, por más que gruñan; *On la batira, qui qu'en grogne.* Cuando estuvo ya concluida la torre, le quedó ese nombre; y aun subsiste todavía: por cierto que está allí el reloj del pueblo.

La historia del género humano es casi de las extravagancias sangrientas que el fanatismo político y religioso han acarreado a los hombres. Uno de los monumentos más inconcebibles de tan funesta demencia, es el famoso templo del Indostan, llamado *Jaggatnatha* o *Juggernaut*, o más vulgarmente *Jagrenat*. Está situado este templo en el gobierno de Bengala, en el distrito de Orisa. Ver desde lejos sus paredes es ya para los creyentes una prenda de amor divina: acercarse lo bastante para recibir algunos garrotazos que les dan los brahmines, es una obra muy meritoria; pero el medio seguro de ganar el paraíso, es el de morir en aquella tierra santa, sobre la arena que está junto a la mar. Se calcula que van cada año a Jagrenat doce millones de peregrinos. Los devotos que ven que se acerca su fin, se hacen conducir al momento a la vista del templo, para aguardar allí a la muerte; y se acostumbra dejar todos aquellos cuerpos insepultos: una gran parte de la playa está cubierta de huesos y calaveras.

Todos los años hacen en el mes de Junio la procesion del ídolo. El Dios Vishnou es colocado en un carro enorme, tirado con cuerdas, sobre las que se arroja la multitud, por ser una obra santa poner a Vishnou en movimiento. Apenas empieza a moverse el carro, cuando algunos infelices, persuadidos a que el Dios se deleita en ver sangre, se precipitan alegres debajo de las ruedas, y logran así una muerte espantosa, en medio de los aplausos frenéticos de los asistentes. Otros, menos celosos, se contentan con que les rompan las ruedas solamente un brazo o una pierna; y en fin otros [pero eso es una grandísima friolera] se hacen en el pecho, en la frente, y en las espaldas ciento y veinte incisiones. Y este número es de rigor: ciento y diez y nueve no valdrían nada; y aun los ciento y veinte cabales no valen gran cosa.

El famoso Santiago Cœur, ministro de hacienda de Carlos VII, con el título modesto de tesorero de Francia, fue tan rico, que se decía como proverbio en su tiempo: "Rico como Santiago Cœur." Prestó al rey doscientos mil escudos de oro, para efectuar la conquista de la Normandía, y mantuvo a sus espensas cuatro ejércitos, mientras duró la guerra. Habiéndose hecho noble por sus servicios, se hizo señor de varios dominios, y entre otros del de San Fargeau, que se extendía treinta leguas cuadradas. Sus armas, llenas de corazones y conchas de Santiago de Galicia, tenían por divisa: *A corazon valiente, nada es imposible.* Habiendo sido víctima de una intriga de la corte, le condenaron a muerte, pero el rey se contentó con desterrarle, y confiscar todos sus bienes y haciendas.